

La humanidad sensible de Javier de Landaburu

Deia, 1983-05.

Conocí a Javier de Landaburu en 1938, en una estación de dos días que el muchacho de 16 años que era yo entonces, de la mano amiga de Balbino Barriola hice en la sede del EAJ-PNV en Meudon, cerca de París, de paso para la colonia "La Citadelle" en Donibane Garazi. Allí conocí a Doroteo de Ziaurriz y a Heliodoro de la Torre con sus esposas, y también a Konstantiñe, la que iba a ser esposa de Javier.

Fue Konstantiñe la que me hizo llegar años después una foto de grupo que quedó de aquella circunstancia.

Javier visitó la colonia vasca en Venezuela dos veces, la primera el año 1954, acompañado de don Alberto de Onaindia, y la segunda en diciembre de 1961 ya como vicepresidente del Gobierno de Euzkadi, puesto al que había accedido para sustituir a Leizaola al morir José Antonio de Aguirre, en 1960. Tuvo las dos veces contactos muy significativos con la juventud organizada dentro del Centro Vasco de Caracas, porque sabía acercarse sin protocolos a todos, pero señaladamente a las inquietudes de quienes constituían un eslabón importante entre los gudaris de la guerra y la nueva generación que ya comenzaba a prepararse culturalmente en la impagable institución que ha sido la *ikastola*.

Y no terminó esta comunicación con su viaje, si no que siguió escribiéndose con los responsables de Eusko Gaztedi, consciente de estar cumpliendo con un deber importante.

Era su manera inteligente, generosa, hasta humilde, de ser.

Lástima que falleciera dos años después.

Era profundamente alavés; en un artículo que publicó en *Alderdi* ("El nacionalismo arabarra", noviembre 1950) comienza rindiendo homenaje, está en su estilo, a tres que sin ser alaveses de origen vivían trabajando por la causa vasca en Alava: Luis de Eleizalde, Rodríguez Juguera y Román de Goikoetxea, con estas palabras que reflejan su propia elegancia espiritual: "Me han pedido un artículo sobre el nacionalismo vasco en Araba y he preferido para comenzarlo, en lugar de hablar de alaveses, dedicar un recuerdo al guipuzcoano, al navarro y al vizcaíno, los tres difuntos, que tanto hicieron por el progreso del patriotismo arabarra".

Tuve la suerte extraordinaria de tratar de muy cerca a don Román en Donibane Garazi, y merecía cumplidamente las hermosas palabras que le dedica Javier en este trabajo.

Luego elogia a los propios:

"Como los otros hermanos vascos, hay arabarras patriotas que murieron en la cama, que murieron en los frentes o que fueron asesinados alevosamente. Si la muerte natural se explica, si el morir combatiendo puede justificarse, es mucho más difícil disculpar el asesinato. (...) Porque sólo muy poca gente sabe todo lo que hubo de crimen en las

ejecuciones de esos hombres inofensivos, de vida honesta y a quienes se suprimió brutalmente por razón del prestigio que su ejemplaridad merecía. Yo no quiero atizar rescoldos de odios nuevos ni promover rencores que quiera Dios se apaguen pronto entre compatriotas de diferentes ideas. Yo estoy siempre por la reconciliación, por el perdón y hasta por el olvido entre hombres que, a fin de cuenta, somos, por la sangre, hermanos. Creo que así lo exige la idea que yo me hago de nuestra Patria en el futuro".

Pienso en lo mucho que hubiera alegrado a Javier la victoria nacionalista de estos días en Alava, y en sus dos regiones hermanas del Estatuto, y lo mucho que le habría entristecido lo demás.

Tenía una devoción particular por José Antonio de Aguirre. Inicia el artículo que le dedica en la ocasión de su muerte con la espontánea generosidad de recordar que cualquiera de sus colaboradores "como otros muchos, serenamente, sin jactancia y sin miedo, hubiéramos dado nuestras vidas por la suya"... Sólo tres años después de estas palabras rendía Javier de Landaburu la suya, aún joven, en el empeño que se propuso en este artículo: trabajar en el mismo tajo. Fue conducido desde París al mismo cementerio de Donibane Lohitzun.

Aquí ha reposado sus restos por veinte años, hasta hace unos días en que han vuelto a su Gasteiz natal.

Hasta hace dos años, también en mayo, en que lo llevó la muerte a la misma tierra de descanso, un viejo amigo suyo, Lezo de Urreztieta, solía ir regularmente a limpiar de hierbas su tumba y rezarle un Padrenuestro.

Al evocar la muerte de Javier de Landaburu hoy, no podía dejar de mencionar esta bella lección de fidelidad.